

Alfar mudéjar siglo XXI



Salón del Trono. Palacio de la Aljafería, Zaragoza.

Hablar del Mudéjar, es hablar de Aragón, de nuestra historia, pero sobretodo es hablar de artesanía, de esas manos artesanas que nos han dejado hermosas muestras en torres, capillas y palacios de nuestro rico patrimonio aragonés.

El paso del tiempo nos demuestra que el trabajo minucioso de alarifes y ceramistas, arquitectos o herreros, realizado con vocación y delicadeza puede persistir ante cambios culturales, políticos, religiosos y estéticos.

Fernando Malo, maestro artesano de nuestra tierra mudéjar, nos sirve de hilo conductor entre la tradición alfarera de finales de la Edad Media hasta nuestro siglo XXI. Su taller en San Mateo de Gállego, cuenta con 18 años de experiencia en la restauración de monumentos donde la presencia de la cerámica se hace notable, La Seo de Zaragoza, el palacio de la Aljafería, la catedral de Tarazona o torres como la de Ateca o Utebo, son alguno de los ejemplos mas significativos.

Este Alfar del siglo XXI también apuesta por la creatividad artística, el diseño y las nuevas tecnologías, recordándonos la importancia que debe tener la presencia de la artesanía en nuestra sociedad actual, en la arquitectura, en la decoración, en nuestra vida cotidiana, en nuestro entorno.

Desde el Centro de Artesanía de Aragón se inicia este proyecto expositivo y didáctico que pretende mostrar las raíces de la cerámica mudéjar, un proyecto emprendedor, itinerante, para compartirlo en escuelas, municipios, dentro y fuera de nuestra tierra aragonesa, porque la artesanía no tiene fronteras.

Arturo Aliaga López
*Consejero de Industria,
Comercio y Turismo del Gobierno de Aragón*



Torre de Santa María de Utebo (Zaragoza).

Alfar mudéjar siglo XXI.

Podría ser un sueño o una ilusión el que los alfares mudéjares continuaran su creación artesanal en nuestros días.

Podría ser una realidad que cuatrocientos años después, los artesanos aragoneses que profesaban otra religión diferente a la cristiana, continuaran embelleciendo nuestra vida y nuestro entorno.

La cerámica como fiel testigo continúa siendo un narrador de la historia, la cerámica siempre ha sido el hilo conductor de culturas, civilizaciones, arte,...

Un encuentro casual con el arquitecto encargado de las obras de restauración de la Catedral de La Seo de Zaragoza proponiéndome un reto con la fachada mudéjar de la Parroquieta de San Miguel, supuso una experiencia cerámica que marcaría el trabajo de mi taller a partir de entonces.

La cerámica ha de ser siempre un desafío con los cuatro elementos, un juego creativo que nos libre de la monotonía, que deje espacio para la sorpresa y la imaginación.

Treinta años en el oficio, dieciocho entre cerámica mudéjar, mas de veinticinco monumentos, las ocho capillas de la La Seo de Zaragoza, los 800 m² de solerías en el Palacio de la Aljafería, hornadas de lujo, noches para olvidar ya olvidadas, viajes, pruebas de colores y nuevos descubrimientos, gran equipo de colaboradores y colaboradoras, amigos y técnicos, andamios, kilómetros, rincones con olores centenarios, ladrillos sobados, torres esbeltas, el sube y baja de escaleras de caracol polvorientas, veletas, palomas, albañiles y encargados de obra, ensayos de laboratorio, electricistas y carpinteros, arquitectos, aparejadores, restauradores, soledad, silencio, frío invernal, cierzo, sol de agosto y botijo, y esa satisfacción de ver colocada nuestra cerámica, para compartir con todos, vecinos, estudiosos, turistas, amigos,... para formar parte de la historia.



La Catedral de Nuestra Señora de la Huerta de Tarazona (Zaragoza).

Alfar Mudéjar siglo XXI muestra a modo didáctico las diferentes fases de la arcilla, las técnicas utilizadas y los procesos de restauración.

El proyecto es un paseo por la historia de la cerámica en la arquitectura mudéjar.

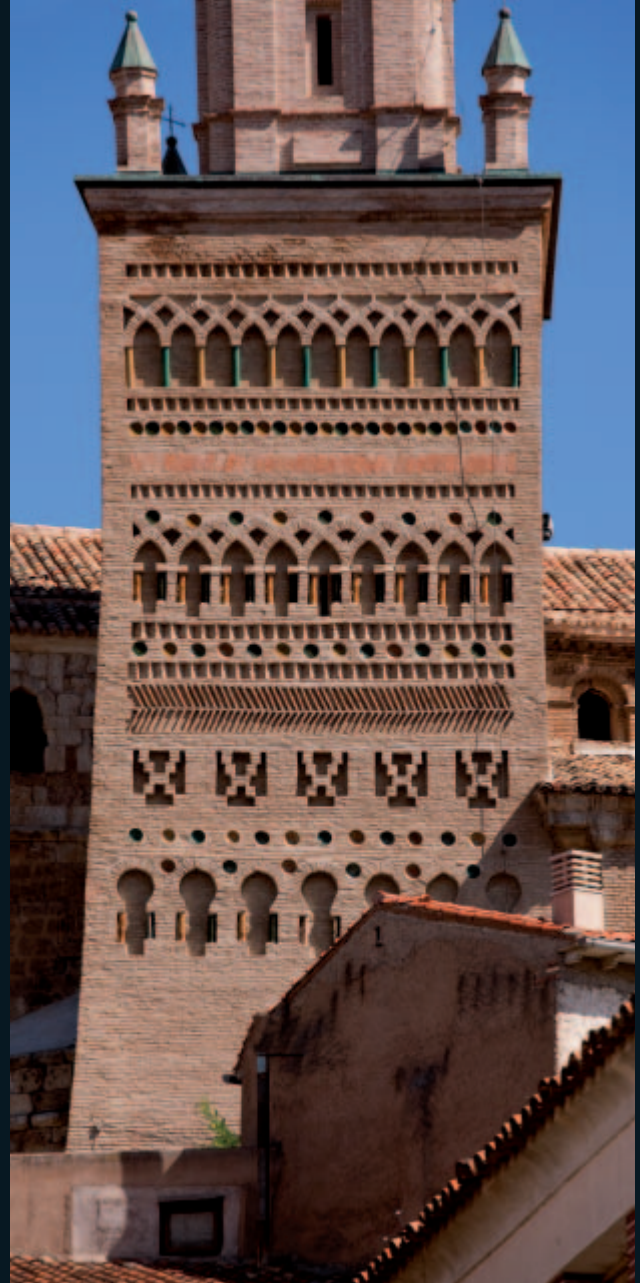
Nos hará recordar la importancia de la artesanía del barro, de todas las artesanías, de la mano del hombre unida a sus sentimientos, de la importancia de las cosas sencillas y cercanas, del paso del tiempo vivido, del aprendizaje transmitido de generación en generación.

Nuestro *Alfar*, nuestro *Mudéjar* y nuestro *siglo XXI* tratan de unir la tradición, la historia y la modernidad. Aunque parezca que la *Edad de la Cerámica* está llegando a su fin, aquí se muestra una vez más el poder del barro, el misterio de su alquimia, la sencillez de la arcilla y la fuerza de su lenguaje.

Fernando Malo
2009



Ataifor, columna 70 cm, plato, colores verde y miel. Restauración año 2003.



Iglesia de Santa María de Ateca (Zaragoza).



Torre de Santa María de Ateca (Zaragoza).



Torre de Santa María de Ateca (Zaragoza).

UNA MIRADA AL MUDÉJAR

© José Luis Corral, 2009

En el siglo XIX, una época en la que la Edad Media era contemplada desde una mirada tamiada por la obsesión por lo romántico, a los musulmanes que siguieron practicando libremente su religión bajo dominio político cristiano se les denominó como mudéjares, y este fue el nombre que recibieron las manifestaciones artísticas, especialmente en arquitectura, carpintería y cerámica, que fueron obradas por individuos de este grupo humano.

En el reino de Aragón los mudéjares constituyeron una importante minoría a partir del siglo XII. Establecidos en barrios específicos, las aljamas, en las ciudades más relevantes y en muchos pueblos de las zonas de regadío de los valles de los ríos, se erigieron en avezados agricultores y excelentes artesanos.

Obligados a convertirse al cristianismo a la fuerza en 1526, lo hicieron, pero siguieron practicando de manera clandestina su religión y sus ritos religiosos, lo que provocó la acción en su contra de la Inquisición. Entonces pasaron a denominarse moriscos. No cambiaron mucho sus costumbres ni su dedicación, aunque vieron cómo se cerraban o se derribaban sus mezquitas, cómo eran obligados a bautizarse y cómo se les prohibía celebrar sus ceremonias religiosas islámicas. Pero siguieron siendo expertos agricultores y magníficos artesanos.

En 1609, el rey Felipe III decretó la expulsión de los moriscos de España, pues tras un siglo de conversiones obligatorias no habían olvidado su religión islámica y seguían practicándola y enseñándola a sus hijos de forma críptica en el círculo familiar.

La expulsión de los moriscos, los descendientes de los mudéjares medievales, provocó una crisis económica notable, pero sobre todo privó al reino de Aragón de sus mejores artesanos, especialmente los alarifes del ladrillo y los ceramistas.

En el mundo de los alfares, el impacto fue tan demoledor que la cerámica aragonesa jamás volvió a alcanzar el grado de maestría y calidad que logró en los siglos XV y XVI.

Hace ya trescientos años que los alarifes, los carpinteros y los alfareros mudéjares y moriscos dejaron de construir iglesias cristianas y palacios de la nobleza aragonesa, aleros de madera labrada y artesonados asombrosos, y escudillas y platos de delicados dibujos y reflejos metálicos.

Pero en el paisaje aragonés el “espíritu mudéjar” sigue presente en miles de panorámicas. En las etéreas torres de Teruel, en las calles de Daroca, en las iglesias y palacios de Calatayud y de Tarazona, en el perfil de decenas de pueblos aragoneses, en los que un campanario o un paño de ladrillo mudéjares identifican de un primer vistazo la esencia patrimonial de Aragón.

En el siglo XXI los seres humanos estamos perdiendo algunas referencias que en pasadas centurias fueron esenciales, y seguramente estamos olvidando los sentimientos en la historia. Nos atrae el pasado por lo que tiene de exótico, de misterioso o de iniciático, y porque nos han dicho que en ese pasado, tan desconocido para la mayoría, están nuestra raíces. Lo mudéjar, para Aragón, es una de las más profundas y más definitorias.

Porque nos recuerda, o así debería hacerlo, que algunos de nuestros pasados no fueron tan oscuros, bárbaros o salvajes como el racionalismo de la Ilustración o el positivismo conservador nos presentaron.

Porque hubo un tiempo en el que, en Aragón, fue posible que un alarife musulmán de Calatayud, que se sentía tan aragonés como un mercader cristiano de Borja, fuera contratado para construir una iglesia en la que los cristianos rezaran a Cristo, o una sinagoga en la que los judíos leyeran la Torá, y no se provocara ningún recelo por ello.

Porque hubo un tiempo en el que alarifes, carpinteros y ceramistas mudéjares crearon aquí un universo propio de sensaciones estéticas que todavía podemos contemplar.

Porque hubo un tiempo en el que fue posible, con problemas desde luego, la convivencia de gentes que entendían la religión de forma diferente.

Tres siglos después, recuperado el arte mudéjar aragonés y declarado como patrimonio de la humanidad, Fernando Malo se ha propuesto beber de aquella herencia artística y emocional. Y lo hace desde la modernidad y la experimentación por lo nuevo y lo creativo, pero sin renunciar al reconocimiento del pasado, con su mirada escrutadora hacia lo mejor de la herencia mudéjar, encaramado a los hombros de aquellos gigantes de antaño a los que el maestro Bernardo de Chartres, en el siglo XII, recomendaba a sus alumnos que se subieran si querían ver más allá del horizonte limitador.

Miremos hacia ese pasado con los ojos bien abiertos, aprendamos cuanto tuvo de positivo y sigamos adelante. Sigamos.



Iglesia de St^a Justa y St^o Rufina de Maluenda (Zaragoza)
Dos modelos azulejo de arista, dos modelos azulejo sobrecubierta.
Restauración año 2006.





Azulejo de arista y azulejo de cartabón.
Restauración año 2001.

Iglesia de San Miguel de Villafeliche (Zaragoza).



Sala de los Pasos Perdidos. Palacio de la Aljafería, Zaragoza.

Fernando Malo y la tradición

La implantación y desarrollo de la industrialización en este país supuso la decadencia y eliminación casi total de los procesos de producción artesanales tradicionales, de tal forma que los que no desaparecieron quedaron tan sólo en actividades marginales orientados como única posibilidad de pervivencia al mercado turístico, lo que de alguna forma pudo considerarse un renacer de la actividad artesanal, pero perdiendo la verdadera esencia de su ser.

Algunos artesanos se aferraron al ejercicio de su trabajo, en la mayoría de los casos heredado de sus antepasados de generación en generación, con un admirable heroísmo y un aceptado dolor sabiendo que con ellos se acababa tradición y oficio, pero también con el desasosiego de sentirse abandonados por quienes tenían la responsabilidad de proteger y estimular el mantenimiento y desarrollo de un saber y un vivir preservado y enriquecido por siglos de ininterrumpida actividad.

Grandes artistas como Picasso o Miró conectaron en algún momento de su evolución artística con la alfarería tradicional para, partiendo del conocimiento de sus diferentes técnicas, descubrir a través de ellas nuevas formas de expresión que abrieron cauces casi ilimitados a su capacidad de creación. Y como ellos, jóvenes artistas, en los años setenta, orientan su actividad creadora hacia el conocimiento y asimilación de las tradiciones artesanales revitalizándolas e introduciéndolas de lleno en los ámbitos del arte.

Fernando Malo es uno de estos valientes artistas que hicieron de la tradición artesanal la razón esencial de su trabajo con la arriesgada elección, en ese momento, de identificar artesano y artista, completando su formación académica con el conocimiento directo de los métodos de trabajo de algunos alfares aún vivos, tanto en la península como en el norte de África.

Pero también adentrándose en el análisis de la alfarería histórica aragonesa y experimentando con sus diferentes procesos de producción consigue dotar a sus creaciones de un especial y determinante valor de identidad convirtiéndose así en un impecable continuador de esa tradición y un maestro para posteriores generaciones.

Ese amplio conocimiento del trabajo que los alfares aragoneses han llevado a cabo a lo largo de los siglos, esencialmente a partir del siglo XIV, le ha permitido orientarse profesionalmente con una proyección que amplía su labor de ceramista, hacia la colaboración con otros profesionales en la restauración de los edificios más emblemáticos de nuestro patrimonio arquitectónico.

Tomando como referencia los modelos históricos conservados en los arrimaderos, zócalos, suelos y decoraciones de los edificios realiza perfectas réplicas con las que ha sido posible restituir y poner en valor elementos o conjuntos cerámicos sin que las aportaciones nuevas perturben o desequilibren la armonía del conjunto.

En este quehacer vinculado con la restauración del patrimonio histórico Fernando Malo ha ido más allá del propio de la reproducción de elementos antiguos dando a su actividad una dimensión experimental para, a partir de diseños, materiales y colores pervivientes, realizar nuevas formas evocadoras de su origen histórico pero totalmente incardinadas en el panorama actual de la creación cerámica.

Así, la ancestral fusión de tierra, agua y fuego, en las manos de Fernando Malo es fusión también de la herencia del pasado y la latente expresión de una vocación creadora que abre perspectivas inéditas y horizontes esperanzadores al desarrollo y evolución del arte de la alfarería desde la esencia misma de la tradición y el amor al oficio elegido, desde la experimentación y el conocimiento, desde la identificación de alfar y taller, en definitiva, desde la unidad de hombre, artista y artesano manifestándose en el objeto creado.

José Félix Méndez



Aljafería 7 – Salas de Pedro IV. Palacio de la Aljafería, Zaragoza.



Iglesia de Nuestra Señora del Castillo de Aniñón (Zaragoza).



Detalle de la torre Iglesia Aniñón (Zaragoza).



Platos de dos tamaños, columnas 50 cm, color verde “aniñón” (verde melado). Restauración año 2002.



Catedral de Nuestra Señora de la Huerta de Tarazona (Zaragoza).

Estudios de cerámica en la Escuela Massana de Barcelona entre 1976 y 1981. Miembro fundador del colectivo “Cerámica y Ceramistas” en 1982, que crea las actividades de Plaza San Felipe en Zaragoza y organiza la I Feria de Cerámica Creativa en la ciudad.

En los años siguientes junto al colectivo de ceramistas participa en distintas Ferias nacionales e internacionales.

El interés por labor didáctica de dar a conocer el mundo de la cerámica le lleva en 1987 a crear la Escuela de Cerámica Barbotina y más adelante a realizar muestras itinerantes de “Rakú” por la geografía aragonesa.

En 1991 comienza a trabajar en la restauración del Patrimonio aragonés, realizando las copias de las cerámicas mudéjares.

Durante la década de los 90, participa en diferentes encuentros, ferias y congresos dentro y fuera de España. Mientras, en su taller, se llevan a cabo las principales actuaciones en la restauración del Patrimonio aragonés, trabajando para la Catedral de La Seo y La Aljafería de Zaragoza.

Con la entrada del nuevo siglo XXI, forma parte durante cinco años del comité que crea y organiza la feria de cerámica contemporánea CERCO. Continuando con los trabajos habituales del taller y su labor didáctica, es requerido como monitor de cursos especializados en cerámica mudéjar y murales para arquitectura, para impartir en diferentes puntos de España.

Desde el 2005 colabora en diferentes proyectos de cerámica con los gobiernos de Argelia y Túnez a través de la Agencia de Cooperación Internacional y la Universidad Complutense de Madrid.

Son 22 exposiciones individuales realizadas desde que realizó la primera en 1979 y la participación en cerca de 50 exposiciones colectivas.

Otra de las actividades destacadas de su trabajo son los murales para la arquitectura, podemos ver obra de gran tamaño en parques, edificios públicos, empresas privadas, zonas residenciales y espacios colectivos.

El taller de Fernando Malo continúa con su labor de creación, investigación y divulgación de este oficio milenario.

Fernando Malo
Zaragoza, 1957

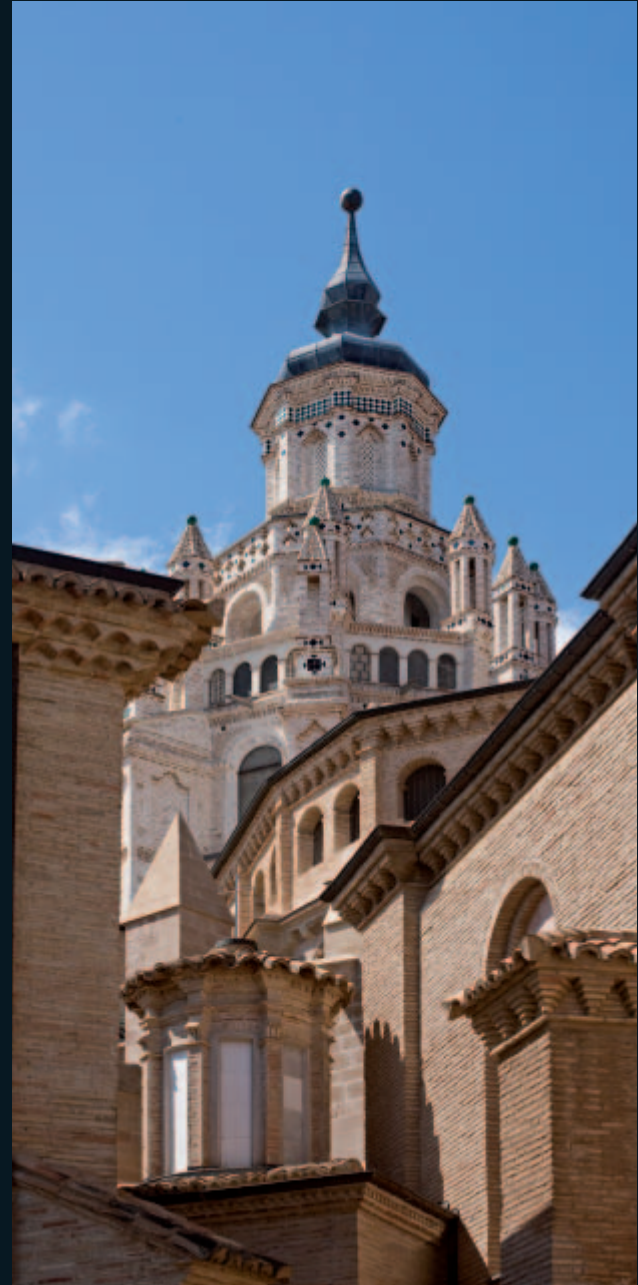


Catedral de Nuestra Señora de la Huerta de Tarazona (Zaragoza).



Fachada noroeste.

Azulejo liso, pináculos, tubos desagüe (gárgola),
colores verdes y marrones. Restauración año
2002, 2006, 2007.



Catedral de Nuestra Señora de la Huerta de Tarazona (Zaragoza).



Detalle del cimborrio.



Torre de la Iglesia de la Asunción de Longares (Zaragoza).



Platos de dos tamaños, flechas (cola de milano), colores verde, marrón y blanco. Restauración año 1998.

Torre de la Iglesia de la Asunción de Longares (Zaragoza).



Trasagrario de la Iglesia de San Miguel de los Navarros de Zaragoza.



Composición de azulejo de cartabón y azulejo de arista. Restauración año 1993.